

UN SUEÑO; UN BOTÓN

LA habitación pesaba de sola, en penumbra, con la ventana medio entornada y las mil sombras de la calle tiritando en el techo, frías y cambiantes. Dejé la malera sobre la cama y me senté a su lado, el pensamiento perdido, sin saber qué hacer, porque la ciudad me había puesto un aturdimiento en los huesos. Primero fue la estación, abigarrada, inhumana, que tenías que ir haciendo eses si querías dar un paso; y el taxista estirado, formulario —"¿adónde, por favor?"—, sin una palabra más, dando virajes y evitando las culatas de los otros coches, malhumorado, la gorra en la nuca —"treinta peseras"—, y la propina que ni siquiera agradeció.

Luego, la dueña de la pensión, áspera, descuidada, con los brazos arremangados y las dos verrugas aquellas colocadas, la una junto a la otra, en el mismo recodo de la nariz.

Ya estaba en la ciudad. Ahora a buscar trabajo, aunque el Bermúdez me había dicho que no me preocupara, que un universitario siempre encuentra algo; y yo, ¡hala!, a dejármelo todo en el pueblo y a venirme, porque el pueblo estaba ya imposible y a uno, de pronto, le entran ganas de liberarse.

Madre se había quedado allí, con los dos hermanos, dos pequeños animalillos cariñosos... (pero, bueno, una lágrima no tiene lugar aquí, ahora). La habitación no está mal: una cama, un armario sin puertas, el polvo disimulando o acrecentando su vejez, y un almanaque sobre el lavabo al lado del espejo, en el que me miré para verme llorar.



Deshice la maleta y en esto llegó la dueña para decirme que harían la cama después, cuando saliera, que no les había dado tiempo. Pero, ¿adónde iba a ir? ¿Qué lugar había para mí en una ciudad de vértigo, extraña, donde ni siquiera puedes saludar al paso? Cinco horas ya y el Bermúdez no había dado señales de vida. Y el caso es que recibió la carta, porque él fue quien señaló el día y me proporcionó la habitación, sin derecho a comida, pero barata, que era lo importante para uno que se embarca sin recursos en la ciudad. Tan aturdido estaba, tan cansado, que ni siquiera me atreví a abrir la ventana y echar una ojeada a la calle y ver lo que había más allá de las cuatro paredes donde me asfixiaba, llenas de manchas y desconchones en el azul pálido y terrible.

Me había fumado ya casi una cajetilla, cuando decidí dar un paseo por la habitación. Hasta miedo me daba andar por no molestar. El espejo me obsesionaba, pues me doblaba la cara demacrada y con barba de dos días, y las lágrimas quemándome los párpados, a punto de fluir, pero contenidas, hirvientes y duras.

Al principio, no hice caso del almanaque, sabía el día en que estábamos. Habían sido muchas las horas que me había llevado pensar en el día de la marcha: uno de octubre, cuando el otoño empieza a ser triste y los árboles se desnudan. Aunque se veía claro que el tal almanaque había sido usado hasta julio; le faltaban todas las hojas hasta ahí. Julio, en letras rojas, y los días en negro; menos los domingos que también estaban en rojo, como las verrugas de la dueña, pensé. Paseé de pared a pared, del armario al lavabo, de la puerta a la ventana, pero siempre desorientado, con la barbilla hundida en el pecho, mareándome de tanto fumar.

—¿No sale usted?

Era la dueña, que subió a hacerme la cama en vista de que no salía, y que la estuvo sobando una y otra vez, ofreciéndome las corvas y las pantorrillas a cada envite que le daba al colchón. Luego, al ir a salir, se recostó en la jamba y dijo:

—¿No va a salir? —de nuevo, cuando la tarde estaba vencida y la penumbra se había convertido casi en oscuridad.

—No, no, señora...; he traído unas cosas del pueblo y con eso me basta por hoy...

Era mentira; tenía el estómago hecho cruces de hambre. La dueña le dio una sacudida al hombro, como despreocupándose, y salió, bajando los



párpados en señal de misericordia o desprecio, no sé, y haciéndome ver dónde caía el interruptor de la luz. Fui y encendí la luz, pobre, apenas un hilo incandescente y bizco en la bombilla, pues ni a eso me había atrevido antes; pero la encendí un momento sólo; estaba mejor a oscuras; me eché de espaldas sobre la cama y comencé a darle vueltas al recuerdo —madre, los hermanos, el estómago—, mareándome. De pronto me tiré de la cama sobresaltado. Volví a encender la luz y otra vez el espejo me devolvió mi rostro, con la marca feroz de las ojeras hundiéndome los ojos hasta abajo, como machacados. Me llevé las manos a la boca no con el fin de evitar un grito, que me faltaban arrestos para eso, sino para provocarlo, para sacármelo de dentro y dejar así el corazón oxigenado. Pero no hubo grito. Por el contrario me detuve en la contemplación más atenta del almanaque.

Un almanaque es un misterio. ¿Cómo saber quién lo ha usado? ¿Quién pudo ser el que fue cortando una a una las hojas y hasta julio precisamente? Un almanaque es un misterio pasado y por venir. No me interesó lo más mínimo el desnudo que lo presidía. Apoyé todo el antebrazo en la pared y, dejando la cabeza en la mano, me dediqué a pensar en aquella otra mano que arrancó las hojas hasta la misma orilla de julio. ¿Sería hombre, o tal vez mujer? Seguramente habría estado en la misma soledad que yo; o no, ¿quién lo puede saber? Lo que sí pude descubrir es que en cada encasillado de los días había algo escrito. Letra menuda, puntiaguda, como si poseyera una nota de nerviosismo en su garabato meticuloso.

(1): *Esta noche no he podido dormir.*

¿Quién? En la alta madrugada del uno de julio alguien no había podido dormir. ¿Por qué? ¿Era una queja, o simplemente una consideración vulgar a un estado de ánimo normal después de una noche de insomnio? Tal vez alguien estuvo dando vueltas en la cama, esta misma cama, primero de un modo sereno, llevando las piernas al lado más fresco, como la raíz a la humedad, tratando de cazar el sueño con pinzas, al descuido, para terminar, en una especie de alucinación, revolviéndolo todo, como una locura. “Esta noche no he podido...” ¿Desde qué hora? Tal vez desde la una. ¿Y por qué desde la una y no desde las dos o las cuatro, cuando los grillos se ponen roncós en las tiniblas de la noche? En el pueblo, a estas horas, los perros se llenan las fauces de acero ladrando a la luna, hasta colgarles la baba. Pero, entre tanto, alguien, el uno de julio, se había desvelado.



Encendí un nuevo cigarro. Mientras sostenía la cerilla, sobre ella la mano izquierda ahuecada por costumbre de cuando estás en descampado, seguí leyendo:

(2): *He sentido más fuerte la punzada en el lado izquierdo.*

Punzada; dolor; ¿y cuántas veces? Antes de ésta, ¿cuántas veces más? Quise imaginarme los ojos de esta mujer. Mujer... Pero, ¿por qué mujer? ¿Quién me lo podría decir, revelar? ¿La dueña? Pero no podía, no podía presentarme sin más a la dueña y preguntarle sin más también quién ocupó esta misma habitación el dos de julio, era un intruso en la ciudad y en la pensión; la dueña me miraría de arriba a abajo y me despediría sin decir nada, tan hosca. ¡Los ojos de una mujer! ¡Ese enigma! El cigarro me temblaba en los labios. Pretendí serenarme y me cogí las manos.

(3): *Hoy he bailado.*

Ritmo; locura de las piernas; huida; risa entre humo y música; los músicos impenetrables, salvo el negrito de los dedos veloces y las encías al rojo; las cuerdas largas y vibrantes; el humo hecho volutas sobre las cabezas. "¡He bailado!" He roto la monotonía, me he salido de todo, sin consideración. ¡Qué risa! Y la orquesta, ese volcán, esa cólera o ese ligero vaivén. La cabeza hacia atrás, dos cabezas pegadas, sosteniéndose mutuamente; un río; los cuerpos juntos, sudorosos, lejanos, próximos —¡el baile!—, las faldas a ras del muslo, un revuelo de faldas, círculo vicioso... Y una puerta que da paso a la terraza, sobre la ciudad. Una muchacha que respira, que se recoge los cabellos tras de la nuca con un ademán de cansancio, que tal vez dice... ¿Una muchacha? ¿Otra vez? ¡Corazonada! No, el corazón no dice nunca nada, el corazón es mudo las más de las veces.

(5): *Esta habitación me ahoga.*

Miré a mi alrededor. El armario, las paredes de azul terrible, el pavimento, los rincones donde la sombra se acumula como replegada... Miré; miré todo. Las paredes salpicadas de tinta. ¡Ahogo! Era verdad.



(6): *Por fin no ha llegado la carta.*

El Bermúdez quedó en venir. Duele esperar algo y comprobar, tras la espera, que no llega. Es una angustia esto de esperar que unos nudillos toquen la puerta —el cartero, Bermúdez— en una gran ciudad y sentir a la larga que no llegan. El cigarrillo se consumió y, al ir a tirarlo, vi que tenía sucias las uñas; me las empecé a morder. ¡Esperar carta! Para saber de otras cosas, de otros seres, para volver un poco la vista atrás e imaginar lo que se ha dejado uno allá, en aquel lugar, tan lejano siempre cuando se añora. Esperar, salir de lo habitual, vivir un poco más allá de aquello que nos puebla los sentidos en este instante preciso: la calle partida en dos por el sol, el coche veloz, el crío y el ombligo, inseparables como el niño y el juguete, no ver, o ver más allá, evadirse en una palabra. Crujió el armario, crujió un postigo de la ventana, se empezaron a levantar las esquinas de las hojas del almanaque, y dije: "el vientecillo de la noche ya". Y seguí tratando de adivinar el fondo de aquella cuestión que no tenía fondo.

Consulté el reloj. ¡Las dos de la madrugada! Pensé en acostarme, sin seguir. Pero me contuvo el interés de aquel diario, de aquella biografía de pocas líneas escritas en algo tan insólito como pueda serlo una inestable hoja de almanaque.

(9): *Tengo sueño.*

Me refí; ¡qué poco original en verdad! Sueño. Cualquiera en la alta madrugada tiene sueño; yo estaba para caerme. Sueño... ¿y qué? Si no te va a venir a mecer nadie, si nadie te va a cantar una nana amistosa, si estás solo... Sueño, tú. Tú no tenías nada: ni sueño ni carta. En la enorme ciudad nadie tiene nada, todo el mundo es huérfano.

Pero esto era como estar loco. Reconozco que estaba bastante excitado; claro, que yo tenía la culpa. Todo se debía a aquel almanaque sin nombre, sin pista alguna, donde alguien escribió algo sin añadir: "soy mujer", "soy hombre", o niño..., qué más da, para llenar una soledad; en este caso, la mía.

(10): *He salido por una aguja*

¡Aguja, hilo, dedal! ¡¡Mujer!! No podía ser otra cosa. Corrí a la ventana y la abrí, y miré todo. Por fin me sentía un poco acompañado, o yo



acompañaba a una mujer que escribió un trozo de su vida en un almanaque abandonado. Percibí las cosas de mi alrededor: las ventanas de enfrente cerradas, la noche toda, el perro solitario, el árbol de debajo de la farola, el temblor de la calle. Permanecí un largo rato mirando, respirando, sintiéndome vivo. Pero, en esto, algo golpeó en el suelo, un golpe débil, apenas un ligero choque. Junto a mi zapato, un botón. El botón de mi bocamanga. Me incliné y lo recogí. Pensé: "mañana pediré una aguja y lo coseré"... Una aguja... Me detuve... Eso es, una aguja para coserlo... Dudé... Dije: "Pudo no ser mujer"... Un hombre también cose a veces un botón.

Me retiré de la ventana.

Ahora no recuerdo bien lo que hice después de esto, después de esta mala jugada. Creo que me eché en la cama y me puse, durante un buen rato, a no pensar en nada. Hasta que, de pronto, me levanté de nuevo y corrí hacia el almanaque. Mi respiración era entrecortada, me llenaba y me vaciaba la boca a un tiempo, las ideas me echaban chispas en el cerebro. Fui al lavabo, hice un buche y seguí leyendo:

(12): *Mi cumpleaños.*

¿Y qué? Otros cumplen condena o cumplen la palabra alguna vez. Tú, hoy, un día con calina del mes de julio —ayer, otro día, no importa— has cumplido los años, has cumplido el tiempo, la huida, la aproximación, te fuiste enlutando a tí *misma* de vejez... Luto... Vejez... Mujer... Hombre... Ayer... La gran ciudad... El frío, me hieló...

—Señor, son las diez. ¿No piensa salir tampoco hoy?

—¿Eh?

—Las diez; son las diez...

—Las diez... ¡Bermúdez, Bermúdez!

—¿Bermúdez?

Lloré sobre el mismo suelo en el que estaba caído.

